

Chino ya murió, Ayacucho lo mató

Ponciano Del Pino, Kimberly Theidon

El fujimorismo reclama a Ayacucho como uno de sus bastiones. No en vano –dicen– les conseguimos la paz y son privilegiados en los programas de apoyo social. Una crónica de los últimos días de campaña escrita por el historiador Ponciano Del Pino y la antropóloga Kimberly Theidon, ambos del Centro de Estudios Latinoamericanos, Stanford University, indicaría que bastión, lo que se dice bastión, ya no es.

El tabladillo armado la noche anterior confirmó los rumores que habían circulado durante la semana: el Chino llegaría a Ayacucho. Esa misma tarde, distintas camionetas adornadas con afiches de "Perú 2000, Fujimori Presidente" perifonearon por toda la ciudad convocando al gran mitin en la Plaza de Armas para las 9 de la mañana del día siguiente.

La sensación general era que sería un gran mitin que confirmaría el triunfo inminente de Fujimori, una repetición de su victoria abrumadora de 1995, cuando sacó en Ayacucho el 74% de los votos válidos, el cuarto más importante del país. El escenario ya estaba listo; el guion ya escrito. Sólo quedaba volver a ver el acto.

Fujimori –como Abimael Guzmán– siempre consideró a Ayacucho como uno de sus principales bastiones de apoyo. Si bien Ayacucho fue el escenario de la violencia política en los años 80, fue resignificado en los 90 como la vitrina donde el gobierno de Fujimori mostraría uno de sus principales logros: la pacificación del país. En la simbología política del gobierno, Ayacucho figuraba como testimonio del reemplazo del pasado horrorífico por el de un "país con futuro". Fujimori y sus "ayayeros" no dudaron en recordarnos esa historia a lo largo de su gobierno y en esta campaña, a tal punto que la congresista oficialista María Jesús Espinoza, en un mitin electoral en Ayacucho, volvió a mencionarlo: "El pueblo ayacuchano no puede ser ingrato con el presidente Fujimori, porque es él quien les trajo la pacificación". En su autoconstrucción como salvador del país, Fujimori siempre había borrado las iniciativas del pueblo tanto en el proceso de la guerra como en la pacificación. Sólo a él le debíamos "la derrota del terrorismo".

Sin embargo, de vez en cuando el azar de la historia interrumpe las teleologías para llevarnos por senderos insólitos. Entonces, la crónica que presentamos es producto de las rupturas y la improvisación, testigo de nuevas sensibilidades políticas y democráticas que han ido emergiendo a lo largo del país alrededor del proceso electoral presidencial. Es una crónica de una muerte no anunciada, donde el principal protagonista es el propio presidente-candidato durante su visita a Ayacucho el 4 de abril.

"CHINO, CHINO, CHINO..."

Es el "ritmo del Chino" con el que despertó la ciudad de Ayacucho. Desde el aeropuerto hasta la Plaza Mayor se ha vestido a la ciudad con carteles y banderolas de Perú 2000, para dar la bienvenida a Fujimori. Simultáneamente, circularon por la ciudad decenas de camionetas, taxis y mototaxis con propaganda oficialista. Se tenía previsto el arribo del Chino a las 9 a.m. Ya en la Plaza Mayor, a esa misma hora, comenzaron a llegar por cada una de las esquinas decenas de señoras campesinas vestidas de pollera y sombrero, muchas de ellas cargando a sus niños. En cada punto de entrada había encargados de repartir banderitas peruanas y afiches con el rostro de Fujimori en distintos atuendos étnicos. En una campaña donde tiene prominencia el lema "Un peruano como tú", jugar con los marcadores de etnicidad es una estrategia central que permite al Chino acercarse a la gente de la sierra.

En la esquina del rectorado de la universidad, un hombre reunió a las señoras para entregarles unos tickets, recordándoles que con eso podrían ir a almorzar una vez finalizado el mitin. Esa misma persona les tomó un examen: "¿quién les está dando el almuerzo?", y las señoras respondieron en coro: "Esperanza Rojas Gutiérrez", candidata ayacuchana al Congreso por Perú 2000.

Paralelamente, había responsables pasando lista, anotando el nombre de cada asistente en sus cuadernos. Como nos informaron varios comuneros de Huaschahua, habían venido bajo presión, obligados por las autoridades comunales, que amenazaron con multar a los inasistentes con 15 soles.

Aparecieron grupos de personas con banderas de sus respectivas comunidades: "Chuschi está contigo, Ing. A. Fujimori", "Comedor infantil Chuschi, presente", "Chuschi, sobreviviente del sismo está presente contigo, Ing. Fujimori". Otras comunidades también hicieron su arribo portando sus banderolas: "Cangallo presente", "Ayahuanco presente", "Acobamba presente". Eran campesinos de las distintas comunidades de Ayacucho y Huancavelica, de los distritos norteños como Ayahuanco, Santillana, Huanta y Tambo, y de los sureños como Vilcashuamán, Cangallo y Chuschi. Todos ellos habían llegado esa misma mañana, traídos con apoyo de sus respectivos municipios y de los proyectos especiales del Ministerio de la Presidencia y del Ministerio de la Mujer. Entre el mar de acrónimos figuraban el PAR, PRONAA, PRONAMACHCS, INFES, lo que reflejaba la extendida presencia estatal en la sierra ayacuchana.

El viaje había sido largo. Por ejemplo, los campesinos de las comunidades de Vilcashuamán habían salido a las 3 de la mañana. En los cuatro carros que los recogieron estaban miembros de la directiva comunal, clubes de madres, comedores populares y ronderos. Según señalaron, el PAR les había enviado la movilidad y les entregaría polos, alimentos y ollas una vez que hubieran participado del mitin en Ayacucho. Lo mismo nos dijeron los campesinos de Tambo, quienes llegaron en carros fletados por el municipio.

Cada comunidad, a su vez, llevaba inscrito el número de su candidato al Congreso. Los de Chuschi, el 98 de Abraham Fernández; los de Vilcas, el 116 de Esperanza Rojas; los de Huanta, el 96 de Alejandro Córdova. Esto demuestra la competencia que existe entre los candidatos al Congreso. Los nueve candidatos oficialistas al Congreso por Ayacucho intentaban rendir mejor tributo a su presidente-candidato, sin dejar de mostrar sus propias rivalidades entre ellos.

Al medio día, cerca de 4000 personas estaban ubicadas por comunidad frente al palco desde donde Fujimori hablaría. El omnipresente "El ritmo del chino" era la música de fondo, y los organizadores intentaban generar un ambiente festivo para recibirlo. El animador sugería varios lemas: "Acá, allá, Fujimori ganará", y "Fujimori, amigo, Ayacucho está contigo". El esfuerzo por generar la participación creció: "Se ve en las caras de las señoras de los clubes de madres, se siente que va a llegar el Chino". El fervor que emanaba del tabladillo fue aumentando: "Ya está cerca el Chino, entrará en su 'chinomóvil'. Hay que mostrar su cariño y afecto". Sin embargo, este fervor parecía no contagiar a la muchedumbre ahí reunida. No había un coro que siguiera las consignas. Más bien, la audiencia sólo respondía levantando sus banderitas cuando el animador mencionaba los nombres de las comunidades presentes.

"CHIVO, CHIVO, CHIVO..."

Cerca de las 12:30 ingresó Fujimori en su "chinomóvil", acompañado de sus simpatizantes, quienes habían ido a recibirlo al aeropuerto en los 20 carros con los cuales ingresaron al centro de la ciudad. Nuevamente los conflictos entre los candidatos locales se manifestaron cuando cada uno luchaba por subir al tabladillo con el Chino. En ese arrebato, algunos casi cayeron de las escaleras que llevaban al estrado: era claro que no todos podían entrar en la órbita restringida que rodeaba al presidente-candidato.

Una vez ubicado, Fujimori comenzó el espectáculo esperado al "ritmo del chino". Empezó saludando a las comunidades presentes y haciéndoles recordar el apoyo de su gobierno a los pobres, los campesinos y las mujeres. Habló insistentemente de la pacificación y de las grandes obras de su gobierno, tomando la carretera asfaltada Pisco-Ayacucho como la ruta de la esperanza del desarrollo del pueblo de Ayacucho.

En pleno discurso, y de manera improvisada, comenzaron a escucharse algunos silbidos que poco a poco fueron creciendo. Esta respuesta dispersa se fue aglutinando en tres bloques. Mezclado con los silbidos se escuchaba: "Fujimori, Ayacucho te repudia" y "Basta de engaño". Este coro fue ganando escenario y se fue haciendo más compacto, quebrando el discurso que daba Fujimori. Frente al "pífeo", los organizadores sólo atinaban a subir el volumen de la canción del Chino, con lo

que sumergían el discurso político en la technocumbia y dejaban al Chino suspendido a la dureza de su baile desabrido. Los manifestantes comenzaron a burlarse del baile, a proferir insultos de "payaso" y a gritar sus propias consignas. Así, "Chino, chino, chino" terminó en "Chivo, chivo, chivo". La misma homofobia con la cual la prensa chicha atacó a los contendores de la oposición ahora era dirigida contra el propio patriarca: "Chino maricón".

En menos de 30 minutos, el pequeño grupo de manifestantes se convirtió en una gran masa de contienda. Todos eran jóvenes universitarios, empleados públicos y trabajadores. Frente a este posible quiebre del escenario, la Policía intervino para desalojar a los manifestantes. En los rostros de sus miembros se notaba que estaban haciendo un cálculo de qué hacer frente a esta movilización inesperada. Los costos de cualquier respuesta pesaron frente a la presencia de docenas de observadores de la Defensoría del Pueblo, de Transparencia e internacionales.

Esto acaloró el ambiente y los gritos contra Fujimori se fueron haciendo más intensos. Gritaban "Basta de mentiras" y "Y va a caer, y va a caer, la dictadura va a caer". Es entonces cuando Fujimori comenzó a censurar a los manifestantes que cada vez más le ganaban el show. Dirigiéndose a unos 300 manifestantes apostados en una esquina, Fujimori les dijo: "Acá están los cerca de cien alanistas que quedan", estableciendo un vínculo entre Toledo y el fracaso económico del gobierno de Alan García. Además, criticó las propuestas de Toledo, incorporando a su discurso los titulares de la prensa chicha respecto al supuesto cierre de los comedores populares en su gobierno.

Agregó a la amenaza de la canasta familiar, la amenaza de la seguridad personal, manipulando el temor del resurgimiento de Sendero Luminoso y la violencia política, al apuntar a los jóvenes manifestantes y descalificarlos con dos frases que dijo en voz alta: "Así comenzó la subversión" y "Éstos son los rezagos del terrorismo".

Es casi un cliché decir que "los jóvenes son el futuro del país"; sin embargo, Fujimori ha intentado a lo largo de su campaña de monopolizar el lema "Perú, país con futuro", censurando a los jóvenes simpatizantes de la oposición. Ha buscado representar a estos jóvenes como nada más que "un rezago del terrorismo" –huellas del pasado, recuerdos del caos y peligro de antes–. En esta manipulación de la memoria, Fujimori se presenta no sólo como el ordenador del caos, sino como el partero del futuro.

Además, en un contexto de posguerra hay que distinguir entre la movilización política de la sociedad civil y la reactivación del terrorismo. Fujimori ha hecho un buen uso de este juego, al reducir toda contestación y toma del espacio público a la expresión del terrorismo latente.

Por medio de esta estrategia, Fujimori ha podido yuxtaponer el orden autoritario que él personifica sobre el supuesto caos de las voces de la oposición. Cada vez que nos amonesta –"Cuidado, vamos a regresar a lo que fue antes"– resucita los fantasmas del temor que aún perduran en la población.

De hecho, la seguridad en todas sus dimensiones ha sido central en la campaña re-reeleccionista de Fujimori. Por ejemplo, en nuestro trabajo de campo en las comunidades campesinas ayacuchanas salieron varios temas vinculados a las amenazas. Capacitadores de Perú 2000 y promotores de las entidades estatales habían sembrado la idea de que si Fujimori no salía elegido nuevamente como presidente ya no llegaría más apoyo a estas comunidades. Desaparecería el PRONAA y se cerrarían sus comedores populares; ya no habría más obras del PAR. Además, la oposición soltaría a los terroristas presos, quitaría las armas a los ronderos, dejándolos indefensos frente al terrorismo.

El "terrorismo de Estado" los seguiría hasta las mesas de sufragio. Nos contaron las señoras que "cámaras secretas" tenían un sentido doble: habría cámaras escondidas tomando fotos al momento de votar, registrando todos los rostros de quienes no votarían por el Chino. Además, en el cómputo de los votos se identificaría a todos los que habrían apoyado a la oposición. El espectro de "los mil ojos y mil oídos del partido", tan asociado con Sendero, se había convertido en un arma del gobierno. Entonces, como hemos señalado, las amenazas se dirigen hacia tres dimensiones de la seguridad: personal, económica y ciudadana.

En la plaza la protesta crecía, desbordando el propio mitin y las filas formadas por la Policía. En respuesta a Fujimori y el intento de desalojo, los jóvenes comenzaron a vivir: "Somos estudiantes, no somos delincuentes".

Agarraron las banderolas de Perú 2000 como trofeos y las quemaron en plena plaza, acompañando las llamas con la entonación del himno nacional. Había la insistencia de que este acto patriótico no era propiedad exclusiva de Fujimori y Perú 2000. Y como en el mejor acto de magia, mientras todos los ojos estaban distraídos por el humo, el Chino desapareció.

"CHINO YA MURIÓ, AYACUCHO LO MATÓ"

Todos quedamos perplejos: ¿dónde habría ido el Chino? Unos decían que había corrido a la prefectura; otros sugerían que estaría en el hotel Plaza. Todos nos equivocamos: ya había salido hacia el aeropuerto. Los fujimoristas que habían armado el espectáculo también desaparecieron, y los cientos de campesinos abandonaron la plaza por su propia cuenta.

Algunas señoras sacaron sus tickets preguntando dónde se serviría el almuerzo. Como nos enteraríamos más tarde, el almuerzo también había desaparecido. Lo único que quedaba como testimonio de la visita de Fujimori era la cantidad de afiches y sus fotos regados en la plaza.

Mientras los fujimoristas desaparecieron, la plaza fue tomada por los manifestantes. Entonces, cerca de dos mil personas marcharon por la plaza dando varias vueltas. Su número creció con cada vuelta, y los espectadores saludaron con aplausos. Sellando su triunfo frente al fujimorismo, estos manifestantes capturaron las dos grandes banderolas de Perú 2000: una del local del candidato al Congreso por Perú 2000, y la banderola principal que cubría el palco desde donde Fujimori había sido llamado y expulsado minutos antes. Algunos gritaban: "La lluvia no nos corre, Fujimori sí se corre", en alusión a la huida de Fujimori y de sus simpatizantes. Sin forzar la metáfora, es verdad que la lluvia que había comenzado a caer por la tarde no llegó a enfriar el calor de esta movilización política. Es esta misma energía que se vería el día siguiente en la manifestación contra el fraude y contra el autogolpe del 5 de abril organizada por el resurgido Frente de Defensa del Pueblo de Ayacucho (FDPA).

Toda la espontaneidad de la movilización con la cual terminó la protesta contra Fujimori sería la que concurriría masivamente al mitin el día siguiente. Este día se vio el encuentro de distintas fuerzas canalizadas por el FDPA contra la dictadura, el autogolpe, la política neoliberal y la reelección del presidente Fujimori. Las organizaciones sindicales fueron llegando: los profesores del SUTEP, trabajadores del Ministerio de Transportes y Comunicaciones, trabajadores del municipio, vivanderas de los mercados de Ayacucho, estudiantes universitarios y representantes de los barrios.

La composición era marcadamente urbana, y, de hecho, ellos mismos insistieron en que, en contraste con los campesinos traídos el día anterior, todos ellos habían llegado por su propia voluntad. Vale notar una ironía al final de este capítulo de la historia: justo en el contexto de la llamada antipolítica de Fujimori, presenciamos el resurgimiento de las organizaciones populares y de nuevas sensibilidades políticas y democráticas en muchos sectores de la población, especialmente en los jóvenes. Cuando el FDPA se reactivó en noviembre de 1999 para defender los intereses del pueblo ayacuchano y buscar la revocatoria del alcalde de la ciudad, la coyuntura electoral le permitió legitimarse y lograr la representación actual: cerca de 5000 personas se dieron cita aquella tarde.

Ese día las voces emitidas desde el tabladillo eran diversas: jóvenes, vivanderas y dirigentes sindicales exponían emotivamente en castellano y en quechua. El sentimiento común se pudo captar en las palabras de un dirigente barrial. Dirigiéndose en quechua a la muchedumbre, él terminó su presentación sugiriendo: "Hay que enterrar al Chino boca abajo", refiriéndose a la creencia popular de enterrar a los condenados de esa manera para que sus almas no salgan a molestar a los vivos. La imagen era llamativa y representó un contraste agudo con un lema emitido del tabladillo oficialista el día anterior: "Ayer, hoy y siempre, Fujimori presidente".

Nadie puede dejar de reconocer la creciente presencia del Estado en Ayacucho en los últimos años; sin embargo, la soberbia que acompañó las obras del gobierno obtuvo su respuesta estos

dos días: los que llegaron al mitin de FDPA no habían venido a rendir ningún homenaje al Chino; más bien venían para enterrarlo: "Chino ya murió, Ayacucho lo mató".

EPÍLOGO

Hemos escrito esta crónica por la inspiración de lo insólito del mitin y por la desinformación de la prensa televisiva, que sólo habló del apoyo masivo a Fujimori y redujo esta movilización política y otras semejantes a simples "actos de violencia y agresión". En su búsqueda por deslegitimar a la oposición, estos medios de comunicación oficialistas distorsionan tales iniciativas y respuestas ciudadanas a favor de la democracia. Por el contrario, hay que reconocer y saludar estas respuestas masivas: son la expresión de una creciente sensibilidad democrática que choca contra las limitaciones de un sistema autoritario.